

## II

Empezó para Juana una vida libre y encantadora. Leía, soñaba y recorría sola todos los alrededores. Vagaba con lento paso á lo largo de los caminos, con la imaginación preocupada; ó bien bajaba, saltando los vallecitos tortuosos, cuyas dos cimas mostraban, como una chapa de oro, un vellón de flores de junco. Su aroma dulce y fuerte, aumentado por el calor, la emborrachaba como si fuera un vino perfumado, y el ruido lejano de las olas que rodaban sobre la playa, mecía blandamente su espíritu.

A veces sentía cierta molicie que la obligaba á tenderse sobre la hierba abundante de una pendiente; y á veces también, cuando en un recodo del valle veía de pronto en un embudo de césped un triángulo de mar azul chispeando al sol, con una vela en el horizonte, veníanla ale-

grías desordenadas, como si fuera la misteriosa aproximación de felicidad que se cernía sobre ella.

Invadía el amor á la soledad, en la dulzura de aquel país fresco y la calma de aquellos limitados horizontes; y tanto tiempo permanecía sentada en la cumbre de las colinas, que algunos conejillos de campo pasaban saltando por entre sus pies. Con frecuencia echaba á correr por la playa, fustigada por el aire ligero de las costas; sintiendo el goce exquisito de moverse sin cansancio, como los peces en el agua ó las golondrinas en el aire. Sembraba recuerdos por todas partes, como se esparcen granos por la tierra; recuerdos de esos que arraigan hasta la muerte. Parecía que dejaba algo de su corazón en todos los repliegues de aquellos valles.

Se entregó á los baños con pasión. Nadaba hasta alejarse mucho; siendo fuerte y atrevida, no tenía conciencia del peligro. Sentíase bien en aquella agua fría, límpida y azul, que la arrastraba meciéndola. Cuando ya estaba lejos de la orilla, acostábase de espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada perdida en

el azul profundo del cielo, cruzado por el rápido vuelo de una golondrina, ó la blanca silueta de una ave de mar. No se oía más ruido que el murmullo lejano de la ola contra los guijarros y el vago rumor de la tierra que se desliza sobre las ondulaciones de las olas, confuso, casi imperceptible. Luego se enderezaba, y loca de júbilo, chillaba y reía, batiendo el agua con las manos.

Si algunas veces se alejaba mucho, una barca venía en su busca. Volvía al castillo pálida de hambre, pero ligera, despierta, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de felicidad.

Por su parte, el barón proyectaba grandes empresas agrícolas; quería hacer ensayos, organizar el progreso, experimentar nuevos instrumentos, aclimatar razas exóticas; y pasaba parte del día hablando con los aldeanos, que teniendo poca fe en tales tentativas, movían de un lado á otro la cabeza. Otras veces se iba al mar con los marineros de Iport. Después de haber visitado las grutas, las fuentes, los cabos de las cercanías, quiso pescar como un simple marino.

En los días de brisa, cuando la vela, hinchada por los vientos, hace correr por la espalda de las olas la cáscara mofletuda de las barcas, y por cada borda arrastra hasta el fondo del mar la gran línea fugitiva que persiguen las hordas de pescados, sostenía con mano trémula de ansiedad la cuerdecilla, cuyas sacudidas se sienten en cuanto un pez se enreda en ella.

A la luz de la luna salía á levantar las redes que la víspera había echado. Gustábale oír cómo chascaba el mástil, respirar las ráfagas frescas de la noche; y después de haber perdido mucho tiempo para encontrar la derrota guiándose por la cresta de un peñasco, el techo de un campanario y el faro de Fecamp, gozaba, permaneciendo inmóvil bajo los primeros fuegos del sol levante que sobre cubierta hacía lucir la espalda humeante de las anchas rayas en forma de abanico, y el grueso vientre de los rodaballos.

A la hora de comer contaba con entusiasmo sus paseos; y mamáta le decía á su vez cuántas veces había recorrido la gran avenida de los *pueblos*, la avenida de la derecha, que pasaba rozando la granja de los Canillard, porque la otra no tenía bastante sol. Como la habían recomen-

dado que hiciera mucho movimiento, se obstinaba en andar. En cuanto se había disipado el fresco de la noche bajaba, apoyada en el brazo de Rosalía, envuelta en un mantón y dos chales, cubierta la cabeza bajo una papalina negra, que iba además tapada por un tricot rojo.

Luego, arrastrando el pie izquierdo, algo más pesado, y que ya había trazado todo á lo largo de la avenida, uno á la ida y otro á la vuelta, dos surcos polvorientos en que no crecía hierba, tornaba á empezar su interminable viaje en línea recta, desde la escalinata del castillo hasta los primeros arbustos del bosque. Había hecho colocar un banco á cada extremo de la pista; y cada cinco minutos se detenía, diciendo á la pobre muchacha, que pacientemente la sostenía:

—Sentémonos, hija mía; estoy algo cansada.

Y á cada parada dejaba sobre uno de los bancos el tricot que la cubría la cabeza, luego un chal, luego otro, luego el sombrerito, luego la manta; todo lo cual formaba dos grandes líos de ropa que Rosalía tenía sobre su brazo libre al volver para almorzar.

Y á la tarde la baronesa, con actitud más

cansada, con descansos más prolongados, volvía á los paseos, durmiendo á ratos como cosa de una hora sobre una *chaise-longue* que se le sacaba fuera. A esto le llamaba ella «su ejercicio,» como decía: «mi hipertrofia.»

Un médico, consultado diez años antes, porque sentía ahogos, había hablado de hipertrofia. Desde entonces esta palabra, cuyo sentido no comprendía, habíasele alojado en la cabeza. Hacía que el barón, Juana y Rosalía tocasen obstinadamente su corazón—que nadie llegaba á percibir—por lo enterrado que estaba bajo la masa carnosa de su pecho; pero rehusaba con energía dejarse examinar por ningún nuevo médico, temiendo que éste la descubriera nuevas enfermedades; y hablaba de hipertrofia á propósito de todo, y tan á menudo, que no parecía sino que esta afección era especialmente suya, le pertenecía en propiedad, de modo que los demás no tenían sobre tal dolencia derecho alguno.

El barón decía: «la hipertrofia de mi mujer,» y Juana «la hipertrofia de mamá,» como hubieran dicho: «el vestido, el sombrero ó el paraguas.» La baronesa había sido muy linda en su juventud, y más esbelta que una rosa. Después de

haber valsado en brazos de todos los uniformes del Imperio, había leído *Corina*, que la hizo llorar, quedando desde entonces como marcada por el sello de esta novela.

A medida que fué engrosando su talle, su alma tomó impulsos más poéticos; y cuando la obesidad la clavó en una butaca, su pensamiento vagabundeaba á través de las tiernas aventuras de que se juzgaba heroína. Había entre éstas unas cuantas preferidas, que evocaba constantemente en sus sueños, como una caja de música cuyo manubrio repite interminablemente el mismo aire. Todas las romanzas lánguidas, en las que se habla de cautivas y golondrinas, llamaban lágrimas á sus ojos; y hasta la gustaban algunas canciones pirarescas de Beranger, por los dolores que expresan.

Absorta en sus meditaciones permanecía inmóvil á veces durante muchas horas; y su casa de los *pueblos* la agradaba excesivamente porque servía de decoración á las novelas de su alma, recordándola, con su bosque alrededor, su landa desierta y la proximidad del mar, los libros de Walter Scott, que leía hacía algunos meses.

En los días de lluvia permanecía encerrada en su cuarto, visitando lo que ella llamaba sus «reliquias.» Eran todas sus cartas antiguas, las cartas de sus padres, las del barón cuando era su novio, y algunas otras más.

Guardábalas en un *secretaire* de caoba que tenía esfinges de cobre en sus esquinas, y decía con voz extraña:

—Rosalía, hija mía, tráeme la caja de los *recuerdos*.

La doncella abría el mueble, cogía la caja, y la ponía sobre una silla al lado de su señora, que empezaba á leer lentamente, una á una, estas cartas, dejando caer una lágrima de cuando en cuando.

Otras veces Juana reemplazaba á Rosalía, y paseaba á mamáta, que la contaba recuerdos de su infancia. La joven se veía en estas viejas historias, asombrándose de la semejanza de sus pensamientos, del parentesco de sus deseos; porque todo corazón se imagina haberse estremecido antes que otro cualquiera, bajo una porción de sensaciones que han hecho latir los de las primeras criaturas, y hará palpar también los de los últimos hombres y las últimas mujeres.

Con tardo paso seguía la lentitud del relato que de cuando en cuando, y durante algunos minutos, detenían los ahogos; y entonces el pensamiento de Juana, saltando por cima de las comenzadas aventuras, se lanzaba hacia el porvenir poblado de goces, se abismaba en las esperanzas.

Una tarde en que descansaba sobre el banco del fondo, vieron en el fondo de la avenida un grueso sacerdote que se dirigía hacia ellas. Las saludó al verlas, se sonrió, volvió á saludarlas cuando llegó á su inmediación, y exclamó:

—Y bien, señora baronesa: ¿cómo estamos?

Era el cura del pueblo.

Nacida en el siglo de los filósofos, educada por un padre poco creyente, en los días de la Revolución, mamáta frecuentaba apenas la iglesia, aunque, por una especie de instinto religioso de mujer, amase á los sacerdotes.

Habíase olvidado completamente del padre Picot, su capellán, y al verle se puso colorada, excusándose de no haberle anunciado su venida. Pero el buen hombre no parecía resentido; miró á Juana, la felicitó por su buena cara, se sentó, y poniendo el sombrero sobre las rodi-

llas, se enjugó la frente con el pañuelo. Estaba gruesísimo, muy colorado, y sudaba á mares. A cada momento sacaba del bolsillo un enorme pañuelo de cuadros, empapado en sudor, y se lo pasaba por la frente y el cuello; pero apenas el húmedo lienzo había entrado en las negras profundidades de su traje, nuevas gotas aparecían en su piel, y cayendo sobre su sotana ceñida al vientre, fijaban en manchitas redondas el polvo volante de los caminos.

Era alegre, verdadero cura de aldea, tolerante, hablador y buen hombre. Contó historias, habló de las gentes del pueblo, sin notar al parecer, que sus dos feligresas aún no habían ido á misa, la baronesa porque ponía de acuerdo su indolencia con su fe vaga y confusa, y Juana, demasiado feliz con verse libre del convento, donde estaba ya harta de ceremonias piadosas.

Llegó el marqués. Su religión panteísta le dejaba indiferente á todo dogma. Estuvo muy amable con el cura, á quien conocía de antiguo, y le convidó á comer. El sacerdote se hizo agradable, gracias á esa sagacidad inconsciente que el manejo de las almas da á los hombres

más medianos, llamados por la casualidad de los hechos á ejercer dominio sobre sus semejantes. La baronesa le escuchaba, atraída quizá á él por una de esas afinidades que acercan entre sí á las naturalezas semejantes; el rostro sanguíneo y el corto resuello del grueso cura agradaban á su enfermiza obesidad.

A los postres, el sacerdote adquirió gran verbosidad, esa espontaneidad que dan las comidas alegres. Y de pronto exclamó, como si una idea luminosa hubiera acudido á su espíritu:

—¡Pero si tengo un nuevo feligrés que he de presentaros: el señor vizconde de Lamare!

La baronesa, que conocía al dedillo toda la nobleza de la provincia, preguntó:

—¿De la familia de Lamare de l'Eure?

El sacerdote se inclinó:

—Sí, señora; hijo del vizconde Juan de Lamare, que murió el año pasado.

Entonces Mad. Adelaida, que amaba sobre todas las cosas á la nobleza, hizo una porción de preguntas, y así supo que, una vez pagadas las deudas del conde, el joven había vendido su castillo de familia, arreglándose un pequeño pabellón en una de las tres granjas que

poseía en la comarca de Etouvent. Estos bienes representaban en total cinco ó seis mil libras de renta; pero el vizconde era de carácter económico y juicioso, y contaba con vivir sencillamente durante dos ó tres años en aquel modesto pabellón, con objeto de reunir algo para figurar en el mundo y casarse ventajosamente sin contraer deudas ni hipotecar sus granjas.

El cura añadió:

—Es un buen mozo, encantador, y tan arreglado como se puede ver. Pero está aburrido en el pueblo.

El barón dijo:

—Traigánosle usted, señor cura, y de cuando en cuando aquí se distraerá.

Y hablaron de otra cosa.

Cuando pasaron al salón, después de tomar el café, pidió permiso el sacerdote para dar una vuelta por el jardín, porque tenía costumbre de hacer algo de ejercicio después de la comida. El barón fué con él. Paseaban lentamente á lo largo de la fachada blanca del castillo, para volver después sobre sus pasos. Sus sombras, delgada la una, redonda y cubierta con un hongo la otra, iban y venían, ya detrás, ya delante de

30520

ellos, según caminaban hacia la luna ó le volían la espalda. El cura mascaba una especie de cigarrillo que había sacado de la faltriquera, y cuya utilidad explicó con la franqueza de los curas de aldea.

—Es para favorecer la salud, porque hago mal las digestiones.

Luego, mirando de pronto al cielo, en donde vagaba el argentado disco, añadió:

—¡Nunca se cansa uno de este espectáculo!  
Y volvió á despedirse de las señoras.

## III

El domingo siguiente, la baronesa y Juana asistieron á misa, impulsadas por un sentimiento delicado de deferencia hacia su cura.

Terminado el oficio divino le esperaron para invitarle á almorzar el jueves. Salió de la sacristía con un joven, alto, elegante, que le daba familiarmente el brazo. En cuanto distinguió á las dos señoras, el sacerdote hizo un gesto de alegre sorpresa, y exclamó:

—¡Vienen ustedes á buen tiempo! Permítanme ustedes, señora baronesa y señorita Juana, que les presente á su vecino el señor vizconde de Lamare.

El vizconde se inclinó, expresó el deseo que tenía de ponerse en relación con aquellas señoras, y se puso á hablar con facilidad, como hombre *comm' il faut*, que ha visto mucho. Poseía